

ña, sin atender á las repetidas amonestaciones de Gregorio IX que se oponía á este enlace, porque la curia tenía también sus pretensiones sobre aquella isla. El emperador había creído llegado el momento oportuno de prescindir de toda consideración diplomática y de seguir el camino más corto para conseguir la realización de sus planes de dominación universal. Una victoria sobre Brescia, á cuya caída había seguido la de otras ciudades, le habría permitido proceder con entera libertad y disipado en su ánimo cualquier temor que la curia le inspirara. Pero en vez de la victoria, sus fuerzas sufrieron considerable quebranto, y el papa se apresuró á aprovechar sin reparo alguno aquella ocasión que se le presentaba de producir gran impresión moral, separándose del emperador. El día 20 de marzo de 1239, domingo de Ramos, lanzó Gregorio IX la excomunión contra Federico, á pesar de que las relaciones que con él hasta entonces había mantenido lo hicieran esperar todo menos este paso, especialmente desde que el emperador se había manifestado dispuesto á dar á la Iglesia la satisfacción debida en todo aquello en que sus derechos resultaran lesionados. No hubo motivo alguno especial que fuera causa del rompimiento; el papa no hizo más que dar un paso motivado por razones generales, más para cuya realización era precisa una razón aparente. Fué una gran coincidencia que en aquel mismo día falleciera en Salerno el célebre maestro de la orden alemana, Hermann de Salza, aquel sabio, profundo é ingenioso diplomático, que con su autorizada palabra repetidas veces había evitado la catástrofe. A un mismo tiempo recibió las dos noticias Federico, que en aquel momento se encontraba en los territorios de Eccelino y comenzaba á celebrar con gran pompa la fiesta de Pascua.

De esta suerte comenzó la lucha que debía decidir del porvenir de la Iglesia y del Estado de la Edad media, lucha en la cual se destrozaron mutuamente el imperio y el pontificado para abrir paso á otros poderes, después de haber quedado completamente probada la imposibilidad así del Estado como de la Iglesia universales. Que ambas partes estaban convencidas de la importancia de esta lucha; que no contaban con la posibilidad de una paz y que comprendieron que se trataba de vencer ó de morir, lo demuestran las declaraciones que entonces hicieron el papa y el emperador, en las cuales cada uno procuró presentar á su contrario como falto de todo derecho y digno de censura y mostrarse á sí mismo como el adalid de una causa de indiscutible justicia, y las pomposas palabras con que uno y otro pretendieron convencer al mundo de la bondad de sus razones. ¡Cuán cultas, cuán mesuradas nos parecen las comunicaciones que mediaron en otro tiempo entre Enrique IV y Gregorio VII, ó entre Federico I y Alejandro III, comparadas con el apasionado furor y el implacable odio que respiran las declaraciones que á la sazón se hicieron por Federico II y Gregorio IX! El mundo fué testigo de un espectáculo que no se había presenciado ni aun durante la lucha de las investiduras. El representante de Dios en la tierra, en sus cartas, para las cuales reclamaba absoluta autoridad, lanzaba las más terribles acusaciones; las más sangrientas injurias, las más atrevidas amenazas contra el reconocido protector y defensor de la Iglesia. Estos documentos son monumentos imperecederos de la arrogancia y de la ambición sacerdotales con que la curia, ocultando sus pasiones terrenales bajo el escudo de frases bíblicas relativas á los deberes de la Iglesia, y apelando á inculpaciones exageradas y en parte completamente falsas, procuraba destruir los derechos del Estado en su cabeza y en sus miembros y reducir á este á la más indigna servidumbre. Entonces se demostró claramente que aquella mediación y aquella conciliación

que antes había intentado la curia venían á parar, como no podía menos de suceder por la naturaleza de las cosas, en el desarrollo de la política eclesiástica de la Edad media, basado en la idea de la dominación universal. La importancia de estos violentos sucesos de que eran testigos fué comprendida también por los contemporáneos, influidos por el apasionamiento de la lucha que iba á estallar: muy pronto conocieron que se trataba de muy distinta cosa de la que habían hecho sospechar los furiosos edictos del papa y los fanáticos discursos respirando implacable odio con que los monjes mendicantes excitaban á los pueblos á que se levantaran contra el emperador. Al presenciar los acontecimientos que posteriormente acaecieron, comprendieron los pueblos el error en que habían estado hasta entonces al imaginar que adhiriéndose á la idea de un imperio universal atendían á su bienestar, y al creer que permaneciendo fieles á esta idea encontrarían la más segura garantía para su prosperidad. Entonces se convencieron de que para evitar las funestas consecuencias resultantes de los esfuerzos hechos para realizar tal idea no había más recurso que separarse por completo de ella, constituyéndose cada pueblo en una comunidad política independiente. Entonces se despertó la conciencia nacional y enfrente del decadente imperio universal y de la Iglesia, que pretendía apoderarse de su herencia, se levantaron los Estados nacionales fundados en sus propios derechos.

Aun cuando la curia romana combatía en Federico II al «rey de la pestilencia», como le llamaba, y aceptaba como exactas las más indignas acusaciones y sospechas que contra él se lanzaban y las notificaba al mundo entero como hechos reales y positivos, no pudo continuar por mucho tiempo este sistema de engaño, con el cual hacía á los ojos del universo entero la más dura y funesta crítica de la política por ella misma seguida hasta entonces. En efecto, durante muchos años había estado estrechamente ligada, en cosas espirituales y terrenales, con el soberano á quien á la sazón calificaba de oprobio de la humanidad,—habiéndolo señalado como el adalid de la cristiandad contra los infieles y habiéndole como tal confiado la lucha para la salvación de los Santos Lugares. La Iglesia había visto en Federico al defensor de la verdadera fe y había utilizado su brazo secular para evitar la propagación de las herejías; habíase servido también de sus armas para sojuzgar á los rebeldes romanos y aparentemente, por lo menos, había defendido sus derechos enfrente de los lombardos y calificado toda resistencia contra él de injusticia cometida contra los intereses generales de la cristiandad. Estos hechos desmentían las acusaciones que en aquel momento dirigía contra el emperador, y aun en el caso de que fueran exactas, la curia merecía ser censurada por haberse creído, durante mucho tiempo, obligada á manifestar su agradecimiento á semejante aliado. ¿Quién era el que modificaba su anterior conducta? Federico no había negado su obediencia á la Iglesia ni le había declarado la guerra: si se quería llamar la atención sobre sus relaciones internas con el cristianismo, las acusaciones que en este terreno se le dirigieron no pudieron ser probadas, y la frase que se le atribuía, de que Moisés, Jesucristo y Mahoma habían sido los tres embaucadores que con sus supuestas revelaciones habían engañado al mundo, era pura invención de agitadores eclesiásticos. Los que miraban desapasionadamente este asunto, veían todos estos engaños discursos rebatidos de un modo contundente por la notoria religiosidad, no combatida por ningún pensador, que en su conducta mostraba tanto más el emperador cuanto más le convenía no descubrir en este concepto el menor punto vulnerable. Lo que indujo á la Iglesia á apartarse de

la política hasta entonces seguida y á romper con Federico II de un modo que excluía desde un principio toda idea de reconciliación; lo que la movió á comenzar contra el que hasta ahora había sido su aliado y en otro tiempo su protegido, una lucha que por los medios empleados daba á comprender que su objeto era la completa destrucción del monarca, nada tenía que ver con el modo de ser de la Iglesia, con su elevada misión ni con sus santos fines, á pesar de las frases bíblicas, de las imágenes tomadas del Antiguo Testamento y de los dichos de los santos profetas que Gregorio IX citaba en sus cartas y en sus edictos: las que le impulsaban eran principalmente cuestiones de poder temporal, intereses de soberanía terrenal, por los cuales se luchaba, fingiendo que se combatía por la libertad de la Iglesia. Los últimos triunfos de Federico II, la victoria de Cortenuova y la adquisición de Cerdeña por el matrimonio de Enzo con Adelsia, habían elevado el poderío de aquel monarca á tal grado de esplendor que la Iglesia temía verse por él destruida. El fracaso sufrido por el emperador delante de Brescia y el nuevo levantamiento lombardo, que fué su consecuencia, ofreció á la curia tan favorables esperanzas de atacar con éxito el poder imperial, que nunca hubiera podido encontrarlas tan propicias. Imitando la conducta que había seguido en tiempo de Federico I y de Alejandro III, procuró ocultar sus verdaderos designios bajo el falso pretexto de defender la independencia nacional, pretexto que podía tomar tanto más fácilmente cuanto que la esclavitud en que Federico tenía á Italia, y sobre todo la opresión de su reino hereditario con las cadenas de un sistema político despóticamente burocrático, hacían cada vez más general y más enérgico el descontento que producía la soberanía extranjera y robustecían en todos los corazones el afán de reconquistar la independencia perdida. La curia romana había sabido explotar en todo tiempo estos sentimientos: como refugio de la independencia nacional de Italia, había comenzado por adquirir una situación dominante en cuestiones laicas generales de la península (1); invocando iguales títulos, había reunido Gregorio VII todas las fuerzas de Italia hostiles á Alemania, y los mismos lombardos, á pesar del desencanto que sufrieron en tiempo de Alejandro III (2), persistían en la creencia de que los intereses nacionales estaban íntimamente enlazados con los del pontificado. A este error, que después debían pagar muy caro, se debió en gran parte la triste suerte de las libertades nacionales, que durante siglos fueron conculcadas por la egoísta dominación extranjera. El emperador participaba también de un error análogo: acostumbrado á considerar el estado político de aquella época y las cuestiones de poder que de tal estado se derivaban exclusivamente bajo el punto de vista de la monarquía siciliana, y atendiendo solo á su idea de un imperio universal, no tenía noción alguna del derecho ni de la importancia del desarrollo municipal y, desgraciadamente para él, desdeñaba las fuerzas de la clase media, que había crecido bajo las instituciones de comunidades libres, fuerzas en las cuales, después de veinte años de lucha, había encontrado su abuelo su mejor alianza. En vez de atraerse por medio de una ratificación franca de la paz de Constanza á las ciudades de la Alta Italia, cuyos más caros intereses, enfrente de la Iglesia jerárquica, coincidían con los suyos propios; en vez de esto, que hubiera privado de su principal apoyo á la agitación nacional pontificia, hizo Federico con su conducta que las ciudades se pasaran al campo enemigo, que sin este refuerzo seguramente no le hubiera podido

vencer. Cuanto menos en armonía estaba esta división de partidos con los verdaderos intereses de cada uno de ellos, tanto mayor fué el apasionamiento con que cada cual defendió su causa y tanto menos reparaba en la elección de medios que habían de conducirlo al logro de sus fines. El emperador salía con esto perjudicado, pues no podía disponer de tantos argumentos como contra él empleaban sus adversarios, desventaja que no estaba compensada por la unidad de acción que sobre el enemigo tenían sus partidarios. Roma y los lombardos excitaron á la lucha de destrucción contra Federico invocando razones religiosas, nacionales y políticas; cuando se trató de la necesidad de aniquilar al emperador, pudieron hacer prevalecer los más poderosos impulsos y á todos les parecía que el premio de la victoria sería obtener cada uno la ventaja especial que ardientemente deseaba. Federico no podía hacer análogas promesas á los suyos: por grandes que fueran las recompensas que otorgara á los que le sirvieran, para él era el principal provecho, y algunos de los que en favor suyo combatían temieron que después de la victoria, cuando se encontrara en plena posesión del poder que á la sazón se le disputaba y pudiera por tanto dar rienda suelta á su despotismo, les arrebatara sus propios derechos y territorios. Federico no podía, pues, contar con sus partidarios más que mientras la suerte le protegiera: el día en que esta le volviera la espalda, podía temer que le abandonarían y que se pasarían al campo enemigo.

En tales condiciones estalló aquella lucha apasionada que desgarró la Italia hasta en las últimas capas de su población y que á pesar de terminar con la derrota del temido emperador, destruyó la felicidad y el bienestar de aquel país. Mientras el emperador sofocaba en la Baja Italia, con sangrienta severidad, la menor tentativa de rebelión y dirigía una terrible persecución contra los sacerdotes que se mantenían adictos al papa, y contra sus bienes, evitando de esta suerte que estallara abiertamente la agitación nacional, en la Italia Central solo disponía de una parte de la Marca de Ancona y del ducado de Spoleto. Las ciudades de la Umbría y de la Toscana se habían alzado en armas contra él. Donde más temible se presentaba por entonces la lucha era en la Alta Italia, en cuyos territorios luchaban los más contradictorios intereses. El leal Eccelino, que, como señor de Mantua, Parma, Módena, Cremona y otras ciudades, dominaba en el Nordeste, y el joven rey Enzo de Cerdeña, vivo retrato de su padre el emperador, que le adoraba y que con el carácter de regente de Italia le había confiado la dirección de la lucha en aquellos territorios dándole poderes casi ilimitados, eran el principal apoyo de la amenazada causa imperial, en contra de la cual estaban en la Alta Italia Milan y Bolonia, principales miembros de la liga de las ciudades lombardas, las ciudades marítimas de Génova, al Oeste, y de Venecia al Este, y los adalides de la nobleza welfa Azzo de Este y Alberico de Romano. Federico no se daba punto de reposo y dirigía y alentaba en todas partes á los suyos, llegando á intentar un enérgico ataque contra el centro de las fuerzas enemigas para obtener rápidamente una solución definitiva. Esta tentativa, sin embargo, no tuvo resultado: las ventajas que por un lado consiguió las perdió por otro, pues las intrigas pontificias tenían naturalmente sus ramificaciones en Alemania, cuyos territorios no podía el emperador defender. Cediendo á las instigaciones de los agitadores pontificios, Federico de Austria se levantó en armas para reconquistar su ducado; el rey Wenceslao de Bohemia y el duque Oton de Baviera se prepararon para la rebelión, y en una dieta que se celebró en el verano de 1239 en Eger se emitió la idea de proclamar un contra-rey. En Italia la lucha

(1) Véase más arriba.

(2) Véase más arriba.

no acababa de decidirse: la pérdida de la leal Ferrara, que sucumbió ante la superioridad de fuerzas de los welfos, privó a Federico de uno de sus principales puntos de apoyo. En la primavera de 1240 presentóse el emperador delante de Roma, pero el anciano Gregorio IX no pensó en firmar la paz, antes al contrario persistió con indomable valor en la lucha, aunque los romanos hubieran llegado de buena gana a una inteligencia con el emperador. En cambio, la guerra de sitio que se hizo alrededor de la fuerte Faenza y durante la cual los partidos dieron rienda suelta a su furor cometiendo las mas atroces crueldades, terminó con la rendición de la ciudad en la primavera de 1241. La tentativa que hizo una escuadra veneciana para hacer levantar el cerco, no tuvo éxito alguno. ¿Pero qué significaba un triunfo aislado ante la situación cada vez mas crítica en que se veía Federico á consecuencia del levantamiento general? Faltábale ya en muchos puntos los recursos indispensables para continuar la lucha. Por ricas que fueran Italia y Sicilia, por despiadadas que fuesen las extorsiones que en materia de contribuciones se cometían; por mas que se duplicaran y triplicaran los servicios y prestaciones feudales; por mas que se hiciera uso de los bienes confiscados á la Iglesia y que se saquearan los dominios de los rebeldes, no podían cubrirse todas las atenciones de la lucha, y el emperador se veía obligado no solo á hacer dinero de sus alhajas y joyas sino tambien á emitir moneda provisional de cuero, como lo hizo durante el sitio de Faenza.

Entretanto, el infatigable Gregorio IX preparaba un nuevo golpe. Federico, al comenzar esta lucha, había propuesto que para decidirla se celebrara un concilio general; el papa, aprovechando esta idea, convocó uno para la próxima Pascua en Roma, y excitó á todo el clero y á los príncipes que le eran adictos á que se presentaran en él ó se hicieran representar por medio de plenipotenciarios. Sin embargo, no era de esperar que tal asamblea eclesiástica ejerciera una influencia favorable á la paz, antes al contrario, el emperador se creyó por ella seriamente amenazado. En efecto, ¿cómo era posible apreciar imparcialmente esta cuestión desde el momento en que Gregorio comenzaba por predicar una cruzada contra el emperador, permitiendo, por ejemplo, á los que se habían obligado á emprender la cruzada á Palestina que en vez de ella lucharan contra Federico y prometiéndoles en este caso todas las ventajas eclesiásticas y temporales que de lo contrario solo hubieran podido conseguir luchando contra los infieles? Federico creyó, por lo mismo, deber impedir á toda costa la celebracion del concilio. Cuando en abril de 1251 se reunieron en Génova muchos obispos que, procedentes de la Alta Italia, de Francia, de España y de Inglaterra, se dirigían al Concilio, dió orden á la escuadra siciliana y á la pisana, mandadas por el rey Enzio, de que les aguardaran entre el continente italiano y la isla de Córcega. El día 3 de mayo trabóse, junto á la isla Meloria, un gran combate naval, en el cual la escuadra genovesa perdió casi todos sus buques, parte por haberse ido á pique, parte por haber caído en poder del enemigo. Mas de cien prelados, además de los legados pontificios que regresaban á su patria, fueron presos por los imperialistas y llevados con millares de marineros como prisioneros de guerra á Nápoles, siendo objeto de las mas duras privaciones. Este golpe atrevido que naturalmente presentó el papa á los ojos del mundo entero como un crimen inaudito, causó impresion profunda. Génova quedó aniquilada por la terrible pérdida que había sufrido; en la Lombardía levantáronse con nueva confianza los partidarios de Federico; Pavia hizo sufrir una gran derrota á los milaneses, y en la misma Roma agitóse el partido imperialista, dirigido por el cardenal Oton Colonna, mientras

en Alemania nadie hablaba ya de una contra-monarquía, y los príncipes que por ella trabajaban procuraron captarse el favor del emperador, que volvía de nuevo á engrandecerse. La Alemania parecía tan perdida para la agitacion eclesiástica que no era de esperar que ninguno de sus obispos asistiera al concilio. Federico, entonces, procuró decidir la cuestión en la misma Roma, auxiliado por el partido que en ella le esperaba y que había logrado juntar Oton Colonna. Estos duros golpes de fortuna habían descorazonado á los mas confiados partidarios de la curia, inclinándoles á aceptar una paz honrosa: únicamente el anciano Gregorio IX no quería oír hablar de paz, sino que estaba decidido á resistir hasta el último trance. En el verano de 1241 parecía deber cumplirse su destino. Al frente de un poderoso ejército se dirigía Federico II á Roma, y había llegado ya á Spoleto, cuando le detuvo una terrible noticia que del Norte le había llegado. Alemania estaba amenazada de una invasion, como en tiempo de los hunos de Atila, y como entonces era de temer que la victoria de los invasores haría sucumbir la civilizacion, en el curso de los siglos desarrollada, bajo los sangrientos horrores de la barbarie asiática.

Por el mismo tiempo en que la lucha que por el trono sostenían en Alemania Felipe de Suabia y Oton IV se presentaba definitivamente favorable al primero, había estallado en el interior del Asia, en las estepas de la Mogolia, un formidable movimiento nacional y religioso. Los mogoles, hasta entonces divididos y destrozados por luchas intestinas, se habían reunido á las órdenes del gengiskan Temudschin, emprendiendo una campaña de conquista que avanzaba como irresistible tempestad. En el espacio de veinte años el interior del Asia, desde las fronteras de la India hasta las de Grecia, desde los territorios montañosos de Persia hasta muy adentro de Rusia, se había unido formando un solo imperio, cuya terrible fuerza de expansion constituía una amenaza tan grande para el Oriente como para el Occidente. Durante el reinado de Batú, nieto de Temudschin, que en el reparto de la herencia se había quedado con los territorios europeo-asiáticos fronterizos del Norte del mar Caspio, la ola de los pueblos mogoles había penetrado hasta el interior de la Europa oriental, derribando cuanto á su paso se oponía. Rusia se vió sometida durante algunos siglos á una dura servidumbre; la Hungría, á pesar de su heroica resistencia, fué invadida; en la sangrienta batalla de Sajó, junto á Motir, el pueblo guerrero de los magiares sucumbió ante las fuerzas superiores de las hordas de Batú, que gozaban de la fama de invencibles. Todos los territorios hasta el Danubio fueron convertidos en un desierto, y las mismas Iliria y Dalmacia sufrieron las crueldades de los mogoles. El rey Bela abandonó su reino como fugitivo expatriado, buscando refugio en su valeroso aliado Federico de Austria, desde cuya corte imploró el auxilio del emperador, declarándose dispuesto á considerar en lo sucesivo su trono como feudo de Alemania. Mientras esto hacia, el papa le escribía incitándole á que se levantara en armas contra Federico II y llamara su pueblo á una cruzada. Federico, imposibilitado de acceder á sus súplicas, pudo con razon hacer responsable de su situación á la curia romana, la cual, aun en presencia del peligro que amenazaba á la Europa y á la civilizacion cristiana, persistía en su hostilidad y con la tempestad promovida en Italia le impedía llenar sus imperiales deberes como protector y patrono de la cristiandad.

A pesar de lo crítico de la situación, aquellas circunstancias ofrecían á Federico la posibilidad de un cambio salvador. El terrible peligro que amenazaba al Occidente debía producir necesariamente profunda impresion en el ánimo apasionado de Gregorio IX; cuando de una cuestión tan im-

portante se trataba, podía esperarse que se mostraria dispuesto, en pro del bienestar general, á llegar á una honrosa avenencia y á entenderse con el emperador, para que este pudiera prestar al rey Bela el solicitado auxilio y dirigirse al Norte para proteger convenientemente la Alemania. ¿Podía Gregorio atraer sobre sí la responsabilidad de haber abierto á los bárbaros con su intransigencia el camino hácia el corazón de la Europa y de haber sido causa de la ruina de la sólida capital de la antigua civilizacion? Los sucesos ejercieron, ¿quién podría negarlo? una fuerte presión moral en el ánimo de Gregorio IX, el cual, ante el peligro de los mogoles, no podía negarse á acceder á las indicaciones pacíficas del emperador, que á pesar de haber avanzado en ademan hostil, deponía las armas y quería llegar á un acuerdo basado en honrosas condiciones. Con esta evolucion favorable á

la paz atendía Federico á su propia ventaja, así lo comprendió Gregorio IX, y esto fué lo que le impidió admitir las pacíficas proposiciones del emperador, por mas que aconsejaban aceptarlas la crítica situación del Occidente y el grave peligro que amenazaba especialmente á Alemania. Además, se supo entonces que el ejército mogol,—que mientras Batú asolaba la Hungría se había dirigido al Norte, conquistando á Polonia y emprendiendo luego el camino desde el Vístula al Oder,—había conseguido, en Liegnitz, en 9 de abril de 1241, una victoria sobre las tropas de los nobles silesios mandadas por el duque Enrique el Piadoso; pero en cambio se había sentido tan quebrantado por la resistencia de las tropas de Enrique, que, en vista de los preparativos de los países amenazados para resistir hasta el último momento, había renunciado á continuar su campaña y se dirigía de



Relieve de la iglesia de Nazareth, en Carcassonne, del siglo XIII. — Representa un episodio del sitio de una ciudad

nuevo á las estepas asiáticas. Al tener el papa esta noticia resolvió desechar las proposiciones de paz del emperador. Y sin embargo, ¡qué terrible lección encerraban estos sucesos para los pueblos cristianos en general y para la amenazada Alemania en particular! Mientras su existencia estaba en peligro y mientras los antiguos países civilizados de Europa temían verse arrollados por una invasion bárbara que se preparaba á destruir el penoso trabajo de muchas generaciones, los representantes del poder supremo en la tierra combatían con el apasionamiento de siempre por cuestiones terrenales y demostraban que desconocían por completo los mas altos intereses de la cristiandad de Occidente, á su amparo confiada. ¿De qué servían, pues, el pontificado y el imperio? Desde el momento en que ambos desconocían tan por completo sus deberes, renunciaban á los derechos que hasta entonces les habían sido respetados, se apartaban del puesto de honor á que en otro tiempo habían sido llamados para el bien de la cristiandad. La batalla de Liegnitz fué una batalla de pueblos, decisiva como en otro tiempo lo habían sido la de los campos Cataláunicos y la de Poitiers. Así como en aquella los hunos y en esta los árabes no habían sido propiamente vencidos, sino que contenidos por la imponente energía de la resistencia habían renunciado á sus planes de conquista, de la misma manera Enrique de Silesia y sus

compañeros no consiguieron con su heroica muerte una victoria, pero vendieron sus vidas tan caras contra la superioridad del enemigo, que este no se consideró suficientemente poderoso para vencer otra resistencia de esta clase, y desconfiando de sus propias fuerzas evacuó la Alemania. Al propio tiempo, el resultado del sangriento combate de Liegnitz rompió el cerco en que las ideas del pontificado y del imperio tenían encerrado al pueblo alemán é hizo que este comenzara á comprender el valor de la propia defensa, avanzando de esta suerte un gran paso en la senda que había de conducirle á una sólida constitucion nacional.

Este trascendental acontecimiento no influyó para nada en la lucha entre los que estaban al frente del Estado y de la Iglesia: uno y otro despreciaron tan terrible advertencia. Federico, ante la impresion que en él produjeron los horrores de los mogoles, hizo proposiciones pacíficas al papa, pero ¿podían ser estas sinceras cuando al propio tiempo se aliaba con los descontentos romanos y les excitaba á que se levantara todos contra Gregorio IX para obligarle á firmar la paz? Federico seguía, pues, la misma conducta que su adversario, el cual hacia depender de la sumision del emperador á los mandatos de la Iglesia, la paz que tan necesaria era á los intereses de la cristiandad. Uno y otro merecen severas censuras. El mundo presenció, pues, el lamentable